



*Saint Ernest!! Celia!! que dicha!!!
que placer!!!*

(165)

que se haya formado , con las declaraciones de los testigos designados , y de anunciarle la prision del culpable. La Emperatriz hizo una ligera inclinacion de cabeza á su ministro en señal de aprobacion , y pasó al otro asunto.

«Los sucesos dichosos ó desdichados nunca van solos : esta reflexion se ha hecho repetidas veces. Esta mañana he recibido una carta que me ha admirado muchísimo ; jamas he visto un escrito mas extraordinario ; contiene la revelacion de un asesinato. Pero , señores , no quiero debilitar la sensacion que vais á experimentar ; el language del que se acusa á sí mismo es mui superior á todo lo que yo puedo espresar.»

(166)

El Ministro tomó la carta , y leyó lo siguiente :

Madre augusta de los rusos:

«El mas culpable de vuestros súbditos se pone á los pies de V. M. para revelarle sus delitos. La Princesa S...., descendiente de los antiguos Boyardos , mi ama y mi protectora , ha sido asesinada por mí mismo hace treinta y un años en un bosque de Italia. Ha perecido por los sentimientos mas bajos de codicia. Yo descubro á V. M. los pormenores de esta horrorosa muerte: mi mano trémula se rehusa á trazar un cuadro tan horroroso. Los remordimientos me han castigado terriblemente ; pero no

(167)

la fortuna. Despues de mi crimen he amontonado grandes riquezas: estas las he adquirido honradamente ; pero detesto su origen ensangrentado. Me tomo la libertad de dirigir á V. M. una copia de mi testamento , depositado hace diez años en poder de un escribano en el pueblo de mi nacimiento. La disposicion que hice de mis bienes , prueba que no he aguardado á la vejez para arrepentirme. Los productos de mi delito pertenecen de derecho á los herederos de mi desgraciada Señora , porque creo que esta ilustre familia no se ha estinguido aun. En quanto á los frutos de una vida activa y laboriosa , los dejo al hospital de Kalonga. Pero estos últimos de-

seos de un anciano solo tendrán éxito si V. M. se digna aprobarlos. Desde el momento en que yo mismo me acuso, nada es mio; no puedo disponer de mis bienes ni de mi vida. Hasta ahora me he sustraído al rigor de las leyes y á la infamia pública; pero mi alma no ha podido alejar de sí los remordimientos; he vivido y he envejecido con ellos: el tiempo que todo lo concluye, no ha podido ni aun debilitarlos; me devoran todavía, me persiguen dia y noche. Este suplicio que estoi sufriendo hace treinta años, ofrezco con humildad al Todopoderoso, como una pequeña expiacion de mi pecado. Pero ¿nada deberé á la justicia de la tierra? ¿y el cielo podrá aprobar

este silencio? Esta duda es horrorosa. ¿Puedo esperar la muerte sin temor, si continuo sustrayéndome á la venganza de las leyes? Quiero sustraerme, arrojándome á los pies de V. M. Su sentencia me encontrará en el asilo en que oculto mi dolor, y en donde he disfrutado algunas veces el consuelo de hacer bien. Recibiré, Señora, con un profundo respeto las órdenes de V. M., cualquiera que sean. Si el alma magnánima de V. M. no me juzga indigno de perdon, despues de esta confesion voluntaria, los instantes que me restan de vida, serán consagrados á bendecir á nuestra madre comun: si ordena mi castigo, lo sufriré con tal resignacion, que acaso aplaca-

(170)

rá la misericordia divina:
Paradikin.»

«Y bien, señores, dijo la Emperatriz, ¿no os admirais de la extrañeza de este escrito? ¿No os parece inaudito este arrepentimiento? Los escritos que menciona estan sobre esta mesa, juntamente con una multitud de cartas de los gobernadores y vice-gobernadores, y de varios vecinos de Paradikin: todas estas cartas son otras tantas pruebas de la beneficencia y caridad de este hombre extraño. En fin, si echamos un velo sobre el delito de que él mismo se acusa, veremos que su vida es una larga cadena de acciones nobles y generosas. Tenia mucho que reparar,

(171)

y el cuidado de pagar esta deuda inmensa ha sido su único deseo. Ya veis, señores, con qué atencion he examinado todos los papeles que acompañan al que acabais de oir: desde el amanecer no he hecho mas que meditar la determinacion que debemos tomar: arrojada al pie de los altares, solo he pedido á Dios, que ilumina á los reyes, que inspirase á su humilde sierva en tan difícil asunto.»

«Un crimen atroz se ha cometido en el reinado de la Emperatriz Elisabeth, de gloriosa memoria; la familia de la víctima y las leyes no se han vengado aun; el delincuente permanece sin castigo. Pero, señores, ¿no hemos de atender al largo tiempo que ha

(172)

trascendido, y á la grande distancia que nos separa del lugar del delito, cometido en un estado diferente del nuestro? Sin la confianza inaudita del delincuente, su delito estaria aun envuelto en las tinieblas; su secreto moriria con él. ¿Haremos levantar el brazo de la justicia sobre un anciano que se entrega á nosotros por la penitencia, y con pruebas tan patentes de mil acciones virtuosas? ¿No creéis como yo, señores, que está libre de la justicia de la tierra, y que solo pertenece á la justicia y misericordia de Dios? Dejo estas consideraciones á las luces y esperiencia de mis fieles Consejeros: los Soberanos pueden equivocarse en su clemencia, asi como en su justi-

(173)

cia; hacedme conocer la verdad, su voz nunca fatigará mis oídos.»

Un silencio de aprobacion sucede al discurso de Catalina. El Gobernador general echó una ojeada sobre la asamblea, y dijo levantándose: Señora, mientras mas miro al rededor de mí, mas me aseguro de ser el órgano de la voluntad general del Consejo, rindiendo el debido homenaje á la profunda sabiduría que ha desplegado V. M.: Paradikin está evidentemente en el caso de la prescripcion; su declaracion espontánea, su buena conducta, atestiguada por todas las autoridades superiores, le hacen digno del acto de clemencia que le prepara el magnánimo corazón de V. M.»

Concluido este discurso, se levantó un Consejero, y dijo: «Señora, si V. M. me permite añadir mi testimonio á los que apoyan la causa de Paradikin, diré que este hombre singular no me es desconocido. Cuando V. M. se dignó nombrar á mi hijo para el gobierno de Tonla, descansé algunos dias en una ciudad inmediata á las posesiones de Paradikin, y allí oí hablar de él. Despues de haberme detallado la originalidad de este personage, me hablaron con entusiasmo de su incomparable caridad, y de su deseo de servir á sus vecinos. Algunos rasgos heróicos han quedado aun en mi memoria; asi es, que veo con grande complacencia que V. M. se incline á

hacer brillar los rayos de su clemencia sobre la cabeza de este anciano.

Entonces la Emperatriz pronunció estas palabras: «Gozosa de poder apoyar el dictámen de mi conciencia con el de los miembros de mi Consejo, digo con una verdadera alegría, que la sentencia será á la vez clemente y justa: sí, señores, vamos á dictarla: queda perdonado.»

Estas palabras, pronunciadas con una voz que indicaba el placer de perdonar, conmovieron al auditorio; y por un movimiento tan extraordinario como la causa que se acababa de determinar, todos los miembros del Consejo aplaudieron el decreto de la Sobe-

rana. Esta accion , contraria á las formalidades de los gabinetes, halaga el corazon de Catalina , se levanta sonriéndose , se abren las puertas , desaparece , y se separa la asamblea.

Nos resta aun hablar del viajero que dejamos en el camino de Petersburgo; su viage fue tan lento como habia dicho Gregorio: por todas partes encontraba amigos; los placeres le enagenaban de tal modo, que le hacian olvidar el objeto de su viage. Los rusos se fastidian con facilidad de los placeres del campo , y agradecen extraordinariamente las visitas de los que van á distraerles por algunos dias de la monotonía de la familia. Todos los dias forman nue-

vos proyectos para el siguiente; convidan á todos los vecinos : la caza , la pesca , los conciertos en el campo , ó á la sombra de los árboles ; los festines , las carreras de caballos , los fuegos artificiales; todo se pone en movimiento para divertirse , y para manifestar la magnificencia de los propietarios. Voronitcheff, permaneciendo muchos dias en estas diversiones, conseguia dos objetos : el mas principal y que debemos contar por primero , el de divertirse ; y ademas , el de dejar tiempo á Paradikin para reflexionar y prepararle los cien mil rublos. Todos los dias preguntaba cuidadosamente si habia llegado algun criado suyo; pero cada vez se disminuia notablemente su es-

(178)

peranza: el deseo de apoderarse de una suma, que era tan necesaria para restablecer su fortuna ya vacilante, se aumentaba; pero decaía su esperanza. Algunas veces se arrepentía de haber obrado con demasiada ligereza. Poco á poco fue consolándose, porque se ofrecieron á su imaginacion algunas ideas encantadoras. Habia ganado en el juego, contra su costumbre, en los lugares en que habia estado; su bolsillo iba lleno del dinero de aquellos mismos que le habian tratado con tanta ostentacion.

Voronitcheff entró en Petersburgo mui contento con estas ganancias, como destinado á representar un papel importantísimo.

(179)

Mi grande capital, se decia á sí mismo, hará prodigios extraordinarios: seré el hombre de moda. Todos dirán al verme: «este es el hombre cuya sagacidad supo descubrir un crimen envuelto en las tinieblas de lo pasado.» Apenas entre en cualquier tertulia, me veré rodeado y preguntado por todas partes; atraeré sobre mí la atencion de todos. Yo cuento tambien con la confianza del Ministro: mi revelacion me va á hacer su confidente: *el ojo del imperio* (1) me mirará amistosamente cuando le en-

(1) Así llamaba Pedro el grande al Procurador general del Imperio, Presidente del Senado.

tregue los fundamentos de una causa tan célebre.

Tales eran las risueñas ideas de nuestro viagero cuando sus carruages entraron en la fonda de Europa á donde paraba ordinariamente. Luego que llevaron su equipage al cuarto que se le habia destinado, el celoso defensor de la moral pública, no queriendo detener mas su acusacion, escribió él mismo una esquila pidiendo audiencia al Ministro; no tardó en volver la respuesta: se le concedió la licencia, y se señaló la hora de las nueve de aquella misma noche. Voronitcheff, gozoso de esta prontitud, la atribuyó al prestigio de su nombre, que creia mui conocido. Luego que dieron las siete, empe-

zó á vestirse. Se puso un vestido todo bordado, como si hubiera querido sorprender la vista del Ministro antes de cautivar su atencion con su trágica aventura. Despues de esta operacion subió en su carroza de cuatro caballos, y se encaminó á la casa del Ministro, lleno de vanidad y orgullo, como si fuera á la conquista de una provincia.

No pudo quejarse de la antecámara, porque apenas fue anunciado, le introdujeron en el gabinete del Ministro; entró con la confianza de un hombre que va á hacer un señalado servicio. Puede creerse mui bien que no se olvidaria ni de la esquila de Paradikin, ni de la instruccion que le dió la vieja posa-

dera. Comenzó su discurso con el orgullo y vanidad de un necio. Demasiado entretenido con su relación, no tuvo tiempo de observar la fisonomía del Ministro, que á pocas palabras le interrumpió diciendo: «Todo eso lo sabia ya; no teneis que molestaros en repetirlo. — ¡Pero cómo podeis saber una cosa que nadie sabe, y que yo solo en todo el mundo, yo.... — Pero si la persona que acabais de acusar se hubiese anticipado á vos acusándose él mismo, si hubiese revelado su crimen sin ocultar nada, yo creo que este testigo seria suficiente, y nos dispensaria de cualquier otro. Pues bien: lo que acabo de deciros como una suposición, es la realidad. El culpable,

antes de ser juzgado por los tribunales, se ha acusado, como mejor instruido que sus acusadores; y así es inútil oiros en una cosa juzgada ya. — ¡Juzgada ya! y me atreveré á preguntar á vuestra Alteza qué castigo se impuso á ese miserable.... — El de permanecer tranquilo en su casa, y de continuar honrando su vejez con sus acciones generosas y su noble arrepentimiento. — Señor, veo con dolor que M. Paradikin, ó por mejor decir, el lacayo Koustroff ha sorprendido la integridad de sus jueces con su hipocresía. — Creeis mui mal: dejad de ultrajar al que está bajo la protección de las leyes por un acto de clemencia dimanado del trono: S. M. la Emperatriz ha pronunciado

el perdon de Paradikin : las órdenes se han despachado ya y cumplido en los tribunales superiores de la provincia.»

En este punto el semblante de Voronitcheff manifestó toda su desesperacion ; sus palabras estaban de acuerdo con su semblante, y dijo al Ministro : «En ese caso, siento mucho haber incomodado á V. A. Se dispuso á partir haciendo un saludo mucho menos profundo que el de la entrada, cuando le llamó el Ministro. Este se habia distraído algunos instantes con la seguridad del denunciador. «Una palabra, le dijo : no lo hemos hablado todo aun : vos que mostrais tanto horror por los delitos, vos que tenéis tanto deseo de que se haga jus-

ticia, y que se castigue un delito tan antiguo, meted la mano en vuestro pecho, y decid : ¿no os remuerde la conciencia? ¿no sois el autor de un delito mucho mas reciente? — ¿Yo, Señor? — ¡ Vos! ¿qué habeis hecho de Machinka, de la señorita Volkoff, de vuestra ahijada? responded.

A esta pregunta imprevista se turbó Voronitcheff, y apenas acertaba á responder : el Ministro repitió la pregunta. El acusador se convirtió en acusado ; y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, y afectando una tranquilidad que no tenia, respondió : «Señor, la señorita Volkoff murió de resultas de una caída de un carruage : este hecho es notorio ; un cochero que la

conducía á su casa, estaba borracho cuando.... — Ya basta, vais á repetirme la mentira con que cubristeis el asesinato: estoi mejor informado; sé todos los motivos que prepararon la catástrofe. Vuestra ahijada, queriendo sustraerse á vuestras persecuciones, pagó con su vida su justa resistencia. Murió en vuestra casa: vuestra mano dió el primer golpe; y cuando podía escapar de la muerte, vuestra barbárie hizo dar el último á vuestra desgraciada víctima. Dos criados...— Señor, creedme, es una abominable calumnia: invoco el testimonio de M.^{ma} Vólkoff; hace cuatro años que murió su hija; jamas ha tenido la idea de acudir á los tribunales. — Y bien, ella misma os acusa; ella

reclama el rigor de las leyes sobre la cabeza del asesino de su hija. — Tal acusacion, despues de tanto tiempo, no debe inspirar confianza. Yo presentaré para defenderme las declaraciones de mis criados; ellos proclamarán mi inocencia. Mandaré que vengan aquí. — No os molesteis; han llegado ya: os sorprendeis, lo creo: han pasado muchas cosas despues de la salida de vuestra casa. Vuestros criados fueron preguntados separadamente; su testimonio no ha variado. La criada de M.^{ma} Vólkoff, cuya fidelidad sobornasteis vos, os condena tambien. En fin, todas las pruebas patentizan vuestro delito. Hace diez dias que os busca la policia; pero os habeis adelantado á

ella. Mañana aparecereis ante el tribunal: si la justicia es alguna vez indulgente con el culpable arrepentido, se muestra inflexible y pronta con aquel, que violando los principios mas sagrados, une al crimen la insolencia y la audacia.

Seria difícil pintar la conmoción de Voronitcheff; quedó helado ante un juez severo, cuyo acento le hacia mas terrible: cuando supo que los testigos y actores de la tragedia de Machinka estaban prontos á confundirle, sus piernas no pudieron ya sostenerle, y se vió precisado á sentarse; y por un movimiento involuntario buscó la silla mas retirada del Ministro. En el momento dió este una palmada,

se abrió la puerta, y se presentó un oficial con cuatro ministros de policía. «Conducid al Señor á la fortaleza, dijo: ya he avisado al Gobernador, y le recibirá al instante.»

Al retirarse Voronitcheff, maldecía en su alma el momento en que habia jurado la pérdida de Paradikin: la idea de que habia salido salvo de una prueba tan terrible, aumentaba su rabia.

En este punto termina nuestra relacion: no seguiremos al culpable á los tribunales, ni á los desiertos de la Siberia, adonde fue á expiar su pena. Los dos cómplices fueron condenados á trabajar en las minas por toda su vida, y se libertaron de la muerte por la

consideracion de ser súbditos.

La Emperatriz mandó, que antes de pagar á los muchos acreedores de Voronitcheff, se dedujese una pension de mil y quinientos rublos, aplicada á la madre de Machinka.

Paradikin compró la libertad de Gregorio, y le tuvo en su casa mas como amigo que como criado. El hombre misterioso no era ya un enigma para sus vecinos. La publicacion de su delito le hizo aun mas solitario. Sobrevivió quince años á su perdon, y continuó siempre edificando á sus vecinos por sus buenas acciones y su piedad sincera.

Estas terribles historias no se han borrado de la memoria de los

hombres. En las penosas noches de invierno las cuentan los rusos aun á los extranjeros, con el título de *los dos Crimenes*.